

do. E despues que estos de la cibdad fueron presos e tirados á parte, dijo don Juan Alfonso de Alburquerque á un Alcalde del Rey que y estaba, que decian Domingo Juan de Salamanca: «Alcalde, vos sabeis lo que tenedes de facer.» E el alcalde entonces llegó se al rey y dijole quedo, oyéndolo don Juan Alfonso: «Señor, mandad esto, ca yo non lo diria.» E estonce dijo el Rey muy bajo, pero que lo oian los que allí e estaban: «Ballesteros, prended á Garci Laso.» E don Juan Alfonso tenia y ese dia tres Escuderos sus criados, de quien se fiaba, con otros omes suyos que estaban apercebidos e armados de fojas de yuso de paños e tenían espadas e bronchas, e decíanles Alfonso Ferrandez de Vargas que fué despues señor de Burguillos, e Rui Ferrandez de Escobar e Ferrando Garcia de Medina. E cuando el rey dijo aquellas palabras que prendiesen á Garci Laso, estos tres Escuderos de don Juan Alfonso traxeron luego de Garci Laso muy denodadamente: e dijo estonce Garci Laso al rey: «Sea la vuestra merced de me mandar un clérigo con quien me confiese.» E dijo luego á Rui Ferrandez de Escobar: «Rui Ferrandez, amigo, ruego vos que vayades á doña Leonor, mi mujer, e traedme una carta del papa de absolucion que ella tiene.» E Rui Ferrandez se escusó dello diciendo que lo non podía facer. E estonce diéronle un clérigo que fallaron y por aventura; e apartóse Garci Laso á un pequeño portal que estaba en la posada sobre la calle, e allí comenzó á fablar con él de penitencia. E decia despues el clérigo, que cuando Garci Laso comenzó á fablar de penitencia, que elle catara por ver si tenia algun cuchillo e que non ge le falló. Ea aquella hora que Garci Laso fué preso, Rui Gonzalez de Castañeda y Pero Ruiz Carrillo e Gomez Carrillo, su hijo, e los que tenían la parte de Garci Laso, apartáronse á una parte del palacio e estovieron todos juntos. E don Juan Alfonso de Alburquerque dijo al rey: «Señor, mandad lo que se ha de facer:» e estonce mandó el Rey á Vasco Alfonso de Portugal e á Alvar Gonzalez Moran, que eran dos caballeros que guardaban á don Juan Alfonso, que dijesen á los ballesteros que tenían preso á Garci Laso que lo matasen. E ellos fueron al portal do Garci Laso estaba, e mandáronlo á los Ballesteros: e ellos no lo osaban facer: e eran los Ballesteros uno que decian Juan Ferrandez Chamorro; e otro Rodrigo Alfonso de Salamanca, e otro que decian Juan Ruiz de Oña. E este Juan Ruiz salió al Rey e dijole: «Señor, ¿qué mandades facer de Garci Laso?» E dijo el rey: «Mándo vos que lo matedes.» E estonce entró el Ballestero e

dióle con una porra en la cabeza, e Juan Ferrandez Chamorro dióle con una broncha e le frieron de muchas feridas fasta que murió. E mandó el Rey que le echasen en la calle, e así se fizo. E ese dia domingo por quanto el Rey era entrado nuevamente en la cibdad de Burgos, corrian toros en aquella plaza delante los palacios del obispo al Sacramental do Garci Laso yacia, e non le levantaron de allí. E el Rey vió como el cuerpo de Garci Laso yacia en tierra y pasaban los toros por en somo dél, e mandole poner en un escaño, e así estuvo todo aquel dia allí; e despues fue puesto en un ataud sobre el muro de la cibdad en Comparaanda, e allí estuvo gran tiempo. E despues en esa semana comia el Rey con don Juan Alfonso en su posada: e estando comiendo pasaron por delante de la dicha posada do el Rey comia á San Esteban los tres omes vecinos de Burgos que fueron presos el dia que el Rey mandó prender á Garci Laso, e leváronlos á matar. E fuyeron otros muchos de la cibdad por miedo del Rey.» (12)

Otros fueron pensionados para continuar las crónicas recopiladas por Alfonso X. La biografía más antigua es la del conde Pero Niño, conde de Buelne, caballero de Enrique III, escrita por Gutierre Diaz de Gamez. Después la de Alvaro de Luna, compuesta por un desconocido, con intención de disculpar á aquel ministro. Fernando del Pulgar escribió la biografía de veinte y seis barones, y la de Fernando é Isabel, en un estilo correcto, pero sin elegancia, originalidad ni reflexiones. Las diferentes vidas de los reyes españoles, de que Buterweck hace el elogio por su precision y naturalidad, no nos parecen á nosotros más que pedantescas, floridas sin arte ni oportunidad, y con el sello de una falsa elegancia que desfigura los tiempos. La historia de los primeros reyes de Portugal ha sido contada por cronistas posteriores, entre los cuales domina Fernando Lopez, guardian de los archivos de la torre del Sepulcro, autor de la biografía de Juan I.

Y aquí nos parece oportuno observar que tanto los poemas como las historias de los extranjeros trataban muy poco de héroes, mientras que en Dante y en Juan Villani es héroe toda la nacion ó la humanidad, segun conviene á las ideas republicanas, en que el mérito es lo que constituye la importancia.

(12) Crónica del rey don Pedro, pág. 40. Narr. Tom. IV.

CAPÍTULO XXXII

LITERATURA EXTRANJERA.

Francesa.—Aunque los reyes de Francia protegían los estudios y fundaban bibliotecas, colegios, universidades, la literatura francesa no ofrece en esta época ningun hombre ilustre, y yacen olvidadas las producciones de este tiempo, á escepcion de las historias. La soledad de los castillos habia producido afición á la literatura novelesca, cuyas producciones fueron en verso primeramente, á fin de que los trovadores tuvieran más facilidad en recitarlos de memoria, cuando casi nadie leia; luego fueron puestas en prosa para comodidad de los señores. Desde el año 1462 hasta el año de 1520 se imprimieron doscientos cuarenta y cinco libros de caballeria, de los cuales son alegóricos muchos con el mal gusto de la novela de la Rosa sin sus bellezas: demuestra cuán populares eran las alusiones continuas que se hacen en su texto y las mascaradas y representaciones que se sacaban de ellas.

Tambien los *fabliaux* se trasladaron á la prosa de donde han nacido tantas colecciones de cuentos. El delfin Luis mandó coleccionar las cien novelas, «que son muy divertidas de contar en todas las buenas compañías para estar alegres,» y donde figuran el mismo delfin, el duque de Borgoña y los grandes de la corte. Estas narraciones son siempre licenciosas, aunque se recitaban en presencia de damas.

Señalan las leyendas un paso dado por la lengua francesa, á la cual se empezaron á trasladar los giros de la lengua de oc y las formas líricas. Carlos, duque de Orleans, descendia de Valentina de Milan, lo cual esplica la delicadeza de su gusto, tan superior á la de sus contemporáneos. Exhortado por su madre moribunda á vengar el asesinato de su padre, se ligó contra el duque de Borgoña con los duques de Borbon y de Berry; después, cuando la muerte del primero, habiéndose coaligado con el rey de Francia, peleó en Azincourt, y habiendo caído pri-

sionero, se consoló durante veinte y cinco años de cautiverio, cantando sus composiciones, las más originales de aquel siglo (1). Ellas manifiestan el progreso de la lengua y del gusto; la esposicion es fácil, las rimas cuidadas y bien entendidas, evitadas las elisiones, así como las voces truncadas. Rinde tambien tributo á las alegorias y á las ideas de entonces; sus conceptos son débiles, pero graciosos; en vez de débiles lamentaciones ó quejas vulgares, templa el dolor con el brillo de la sonrisa (2). Llorá á una hermosa abandonada en el continente; sin embargo, las de la isla le amaban, y en honor á la memoria de su madre dedicaron el dia de san Valentin á la fiesta de Amor.

Juan, duque de Borbon, su compañero de infortunio (3), Renato de Anjú, y Juan II de Lorena,

(1) *Poesias de Carlos, duque de Orleans, publicadas de los manuscritos originales y auténticos*, por M. Champollion-Figeac, Paris, 1842.—*Poesias de Carlos de Orleans*, por M. Guichard, Paris, 1842.

(2) *En regardant vers le pays de France, Ung jour m'advoit adouze sur la mer: Qu'il me souvient de la douce plaisance Que je soulois audit pays trouver! Si commençai du cœur á souspirer, Combien certes que grant bien me faisoit De veoir France que mon cœur amer doit.*

Alors changeai en la nef d'esperance Tous mes souhaits, en les priant d'aller Oultre la mer, sans fair demourance, Et á France de me recommander.

(3) Al marchar el duque de Borgoña para Francia, el de Orleans le dirigia el madrigal siguiente: *Puisqu'ainsi est que vous allez en France, Duc de Bourbon, mon compagnon très-chier, Où Dieu vous doint, selon la desirance Que tous avons, bien pavoir besougnier,*

cultivaron también la poesía, pero con poca inspiración (4). El normando Alano Chartier, secretario de la casa del rey, tuvo tanta reputación en su época, que Margarita de Escocia, mujer de Luis XI, viéndole dormido, le dió un beso en aquella preciosa boca de donde habían salido tan bellas y virtuosas palabras. Pero si he de decir verdad, yo no he encontrado en ellas esa belleza; la moral es demasiado rebuscada en las poesías que nos quedan, y muy fastidiosa su crónica.

Francisco Villon (nac. 1431), libertino, crapuloso y escamoteador, contaba en verso sus picardías, que le condujeron dos veces al pié del cadalso. El rey le concedió su perdón; pero ni aun en frente del cadalso cesaba en sus burlas tan cónicas, que recibió elogios por su atrevimiento. Censuró en el *Testamento* á los embajadores burlones; pensamiento que fué imitado después muchas veces. Si no fijó con tanta propiedad las reglas de la lengua y de la versificación que mereciese los elogios que recibió, mejoró la forma de la balada y de las letrillas, así que es una falta el no hallarse en ellas más que sardónico desprecio y malicia. El lenguaje de Carlos de Orleans es cortesano, el de Villon vulgar, y por consiguiente más original: es un verdadero poeta del vulgo, del cual y de sí mismo aprende su arte sin esforzarse en complacer á los barones.

Otros podría citar, pero explicado uno se conoce á todos los demás, porque en ellos no se halla

*Mon fait vous veulx descouvrir et charger
De tout en tout, en sens et en folie:
Trouver ne puis nul meilleur messagier,
Il ne faut ja que plus je vous en die.*

*Premièrement, si c'est votre plaisance,
Recommandez moi, sans point l'oublier.
A ma dame, ayez-en souvenance;
Et lui dites, je vous prie et requier,
Les maux que j'ai, quand me fault esloignier,
Mangré mon veuil, sa douce compagnie:
Vous savez bien que c'est de tel mestier,
Il ne faut ja que plus je vous en die.*

*Or y faites, comme j'ai la fiance;
Car un ami doit pour l'autre veiller.
Si vous dites: Je ne sais sans doutance
Qui est celle; veuillez la m'enseigner;
Je vous réprus que ne vous faut serchier
Fors que celle qui est la mieux garnie.
De tous les biens qu'on sauroit souhaitier:
Il ne faut ja plus je vous en die.*

Despedida.

*Si ai chargé á Guillaume cadier
Que par de la bien souvent vous supplie,
Souvienné vous du fait du prisonnier:
Il ne faut pas que plus je vous en die.*

(4) Las bellas poesías de Clotilde de Surville que nació en 1405, y fueron publicadas en tiempo de la Revolución, están unidas con las de Ossian.

gênio ni verdadera poesía; demuestran de vez en cuando imaginación ingeniosa, y siempre se concretan á la exterioridad de la vida. Un poco más profundizó Juan Marot, el cual en algunos pequeños poemas que compuso como el del viaje á Génova y el de Venecia, se inspiró, no ya sólo con sus propias ideas, sino con las de la historia, oscureciéndola, sin embargo, con la alegoría. Froissart, á quien ya hemos mencionado como historiador, escribió los versos (5) como la prosa, con la originalidad propia del carácter francés, antes de que fuese alterada por la imitación. Commynes refiere perfectamente, sin cuidarse de la frase, y prueba que la prosa, reservada al buen sentido, estaba mucho más avanzada que la poesía cultivada por los buenos talentos.

Española.—La prosa empezaba á exigir graves trabajos en España. Juan Manuel, descendiente de sangre real, que gobernó en tiempo de Alfonso XI, las provincias fronterizas de los moros y sostuvo veinte años la guerra contra los reyes de Granada, ha escrito el *Conde Lucanor*. Es la primera obra en prosa en la lengua castellana. Describe á su héroe pasando por una continuación de desgracias, á cuya descripción le induce Petronio con sus apólogos y novelas, sencillas en el fondo y en la exposición, sin afectada elegancia, y que á diferencia de Bocaccio se encaminan á instruir en la política y en la moral, si bien con poco artificio. Escribió también una *Crónica de España*, un libro de los sabios y sobre los deberes del buen caballero, además de algunos romances y versos de amor. Pedro Lopez de Ayala nos manifiesta cómo pasaron, de las aventuras cantadas antiguamente, al relato político y sério. Tal vez la desgracia tuvo para él esta ventaja, que hizo cediase á sus contemporáneos las frivolidades amorosas, al paso que él siempre se desdendió de tocar esta cuerda para dedicarse á asuntos elevados y serios. Tenemos de Vasco Lobeira el *Amadis de Gaula*, traducido acaso del francés, que estuvo en gran boga allende los Pirineos, donde ocupó los ratos ociosos y ejerció el gusto español. Hicieronse numerosas imitaciones, sin hablar de otros libros de caballería, que tradu-

(5) Así se retrata él mismo:

*Au boire je prends grant plaisir:
Aussi fui je en beaux draps vestir;
En viande fresche et nouvelle
Quant á table me voy servir,
Mon esperit se renouvelle
Violettes en leurs saisons
Et roses blanches y vermeilles
Voy volentiers, car c'est raisons,
Et chambres pleines de candeilles,
Feux et danses et longues veilles,
Et beaux lits pour li rafreischir,
Et au couchier, pour mieux dormir,
Epices, claires et rocelle:
Et toutes ces choses veir
Mon esperit se renouvelle.*

cidos en gran número, dieron una nueva fisonomía á la literatura castellana.

Pareció que Juan II quería conservar á Castilla la gloria que se le escapaba, favoreciendo las letras y la poesía. Pero como se versificaba por moda y protección, la estremada sencillez de los romances pareció una falta y se dedicaron á refinar el arte, introduciendo en él el talento, la alegoría, el estilo difícil y el agudo carácter español. Sin embargo, la preponderancia de la poesía popular estaba asegurada hasta tal punto, que se sostuvo á despecho de la pedantería é imitación de las composiciones italianas; en efecto, los últimos romances que celebraron las aventuras de los Zegries y de los Abencerrajes, ó la conquista de Granada, son de los mejores, están llenos de ardiente poesía y teniendo mucho del estilo árabe.

Enrique, marqués de Villena, nacido de sangre real (1434), queriendo resucitar el gusto antiguo, instituyó una academia á imitación de las de la *gaya ciencia*, en Tolosa y en otras partes. «No le bastó á don Enrique de Villena su saber para no morirse, dice el bachiller Fernan Gomez de Ciudad Real, ni tampoco le bastó ser tío del rey para no ser llamado por encantador. Ha venido al Rey el tanto de su muerte; e la conclusion que vos puedo dar que azaz don Enrique era sabio de lo que á los otros cumplía, e nada supo en lo que le cumplía á él. Dos carretas son cargadas de los libros que dejó, que al rey le han traído: é porque diz que son mágicos y de artes no cumplideras de leer, el rey mandó que á la posada de fray Lope de Barrientos fuesen llevados: é fray Lope que más se cura de andar del príncipe, que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar más de cien libros que no los vió el mas que el rey de Marruecos, ni mas los entiende que el Dean de Cidá Rodrigo; ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos haciendo á otros insipientes e magos, e peor es que se fazan beatos haciendo á otros nigromantes. Tan solo este denuesto no había gustado del hado este bueno e magnífico señor. Muchos otros libros de valia quedaron á fray Lope que no serán quemados ni tornados si vra. Mrd. me manda una epístola para mostrar al rey, para que yo pida á su señoría algunos libros de los de don Enrique para vos, sacaremos de pecado la ánima de fray Lope é la ánima de don Enrique habrá gloria que no sea su heredero aquel que le ha metido en fama de brujo y nigromante. Nuestro Señor,» etc.

Don Iñigo Lopez de Mendoza, honrado por su virtud, su valor y su saber (1398-1458), daba tregua á sus proezas guerreras para componer cantos en los que los contemporáneos alababan una erudición que nos parece pedantería; el marquesado de Santillana fué creado para él. En el *Doctrinal de los Favoritos*, saca consecuencias morales de la muerte de don Alvaro de Luna. Además de ligeros versos y romances, hizo el *Centiloquio* para la educación del príncipe real de Castilla; es una colección de cien máximas morales y políticas, de ocho ver-

sos cada una, seguidas de proverbios é historietas para contar en las veladas. Su epístola á don Pedro de Portugal, sobre el origen de la poesía y los antiguos poetas, tiene más celebridad. Según él, la poesía ó *gaya ciencia* es el arte de presentar útiles verdades bajo una agradable cubierta, ordenarlas, distinguirlas, revestirlas con ficciones, con un mero peso y medida. Era, pues, muy natural que en su enumeración de los poetas, olvidase, como lo ha hecho, lo que era la verdadera poesía de los españoles, el romance.

Juan de Mena (1412-56), de Córdoba, su protegido y sucesor, viajó por Roma, y fué admirador de la poesía italiana, de la que no conocía más que á Dante, pero se limitó á imitarle en su gusto con respecto á la alegoría, escribiendo el *Laberinto*, poema moral en trescientas estrofas, muy alabado entonces. Se propone trazar en él el cuadro emblemático de la vida humana, ensalzando todas las virtudes, deprimiendo los vicios, y mostrando la irresistible fuerza del destino. Después de haber invocado á Caliope y á Apolo, y maldecido la fortuna, se estravía en el ideal laberinto de esta vida; pero aparece una dama de exquisita hermosura para servirle de guía: ahora bien, esta dama es la Providencia. Poniéndose en marcha bajo su conducta, ve á dos grandes ruedas inmóviles, y otra tercera en movimiento perpétuo; tienen escrito *pasado, presente y porvenir*. En la primera se ve á los hombres antiguos y sus hechos; la última está cubierta de nubes; la de lo presente da vueltas sin cesar, y con ella los hombres, llevando cada uno escrito en su frente su nombre y su destino. Cada rueda se compone de siete círculos dispuestos según los siete planetas, cuya influencia obra sobre la suerte de los hombres. De aquí toma ocasión el autor para alabar con estension á sus contemporáneos y ostentar conocimientos, el patriotismo que le anima cuando habla de los grandes hombres de su país, y algunas hermosas digresiones, son las únicas cosas que dan tregua al fastidio que produce este poema. El laberinto ofrece hermosas partes, pero en medio de una perpetua exageración, que por lo demás parecía entonces un mérito, hasta tal punto, que Juan II era un apasionado admirador de ella; hasta quiso que Juan de Mena añadiese sesenta y cinco estrofas á su poema con el objeto de que fuesen iguales en número á los días del año, lo cual fué un nuevo mérito. En cambio el poeta le prodigó el incienso del elogio; le llama «el poderoso don Juan, el amado de Júpiter, que le destinó la tierra, así como el cielo obedece á su suprema ley; gran rey de España, nuevo César favorecido por la fortuna, á quien pertenecen la virtud y el imperio.»

Los españoles adelantaron más en las poesías sencillas, expresión de sentimientos fugitivos y reales, cantos de devoción y de amor, aunque á veces artificiales y violentos; y en su consecuencia se ejercitaron más en este género. Juan de la Encina se distinguió en primer lugar en las *letrillas*, los

cultivaron también la poesía, pero con poca inspiración (4). El normando Alano Chartier, secretario de la casa del rey, tuvo tanta reputación en su época, que Margarita de Escocia, mujer de Luis XI, viéndole dormido, le dió un beso en aquella preciosa boca de donde habían salido tan bellas y virtuosas palabras. Pero si he de decir verdad, yo no he encontrado en ellas esa belleza; la moral es demasiado rebuscada en las poesías que nos quedan, y muy fastidiosa su crónica.

Francisco Villon (nac. 1431), libertino, crapuloso y escamoteador, contaba en verso sus picardías, que le condujeron dos veces al pie del cadalso. El rey le concedió su perdón; pero ni aun en frente del cadalso cesaba en sus burlas tan cónicas, que recibió elogios por su atrevimiento. Censuró en el *Testamento* á los embajadores burlones; pensamiento que fué imitado después muchas veces. Si no fijó con tanta propiedad las reglas de la lengua y de la versificación que mereciese los elogios que recibió, mejoró la forma de la balada y de las letrillas, así que es una falta el no hallarse en ellas más que sardónico desprecio y malicia. El lenguaje de Carlos de Orleans es cortesano, el de Villon vulgar, y por consiguiente más original: es un verdadero poeta del vulgo, del cual y de sí mismo aprende su arte sin esforzarse en complacer á los barones.

Otros podría citar, pero explicado uno se conoce á todos los demás, porque en ellos no se halla

*Mon fait vous veulx descouvrir et chargier
De tout en tout, en sens et en folie:
Trouver ne puis nul meilleur messagier;
Il ne faut ja que plus je vous en die.*

*Premierement, si c'est votre plaisance,
Recommandez moi, sans point l'oublier.
A ma dame, ayez-en souvenance;
Et lui dites, je vous prie et requier,
Les maux que j'ai, quand me fault estoignier,
Maugré mon veuil, sa douce compagnie:
Vous savez bien que c'est de tel mestier,
Il ne faut ja que plus je vous en die.*

*Or y faites, comme j'ai la fiance;
Car un ami doit pour l'autre veiller.
Si vous dites: Je ne sais sans doutance
Qui est celle; veuillez la m'enseigner;
Je vous réprus que ne vous faut serchier
Fors que celle qui est la mieux garnie
De tous les biens qu'on sauroit souhaitier:
Il ne faut ja plus je vous en die.*

Despedida.

*Si ai chargé á Guillaume cadier
Que par de la bien souvent vous supplie,
Souviennne vous du fait du prisonnier:
Il ne faut pas que plus je vous en die.*

(4) Las bellas poesías de Clotilde de Surville que nació en 1405, y fueron publicadas en tiempo de la Revolución, están unidas con las de Ossian.

gênio ni verdadera poesía; demuestran de vez en cuando imaginación ingeniosa, y siempre se concretan á la exterioridad de la vida. Un poco más profundizó Juan Marot, el cual en algunos pequeños poemas que compuso como el del viaje á Génova y el de Venecia, se inspiró, no ya sólo con sus propias ideas, sino con las de la historia, oscureciéndola, sin embargo, con la alegoría. Froissart, á quien ya hemos mencionado como historiador, escribió los versos (5) como la prosa, con la originalidad propia del carácter francés, antes de que fuese alterada por la imitación. Commines refiere perfectamente, sin cuidarse de la frase, y prueba que la prosa, reservada al buen sentido, estaba mucho más avanzada que la poesía cultivada por los buenos talentos.

Española.—La prosa empezaba á exigir graves trabajos en España. Juan Manuel, descendiente de sangre real, que gobernó en tiempo de Alfonso XI, las provincias fronterizas de los moros y sostuvo veinte años la guerra contra los reyes de Granada, ha escrito el *Conde Lucanor*. Es la primera obra en prosa en la lengua castellana. Describe á su héroe pasando por una continuación de desgracias, á cuya descripción le induce Petronio con sus apólogos y novelas, sencillas en el fondo y en la exposición, sin afectada elegancia, y que á diferencia de Boccaccio se encaminan á instruir en la política y en la moral, si bien con poco artificio. Escribió también una *Crónica de España*, un libro de los *sabios* y sobre los deberes del buen caballero, además de algunos romances y versos de amor. Pedro Lopez de Ayala nos manifiesta cómo pasaron, de las aventuras cantadas antiguamente, al relato político y serio. Tal vez la desgracia tuvo para él esta ventaja, que hizo cediese á sus contemporáneos las frivolidades amorosas, al paso que él siempre se desdennó de tocar esta cuerda para dedicarse á asuntos elevados y serios. Tenemos de Vasco Lobeira el *Amadis de Gaula*, traducido acaso del francés, que estuvo en gran boga allende los Pirineos, donde ocupó los ratos ociosos y ejerció el gusto español. Hicieronse numerosas imitaciones, sin hablar de otros libros de caballería, que tradu-

(5) Así se retrata él mismo:

*Au boine je prends grant plaisir:
Aussi fui je en beaux draps vestir;
En viande fresche et nouvelle
Quant á table me voy servir,
Mon esperit se renouvelle
Violettes en leurs saisons
Et roses blanches y vermeilles
Voy volentiers, car c'est raisons,
Et chambres pleines de candelles,
Jeux et danses et longues veilles,
Et beaux lits pour li rafreischir,
Et au couchier, pour mieux dormir,
Epices, cláiret et rocelle:
Et toutes ces choses veir
Mon esperit se renouvelle.*

cidos en gran número, dieron una nueva fisonomía á la literatura castellana.

Pareció que Juan II quería conservar á Castilla la gloria que se le escapaba, favoreciendo las letras y la poesía. Pero como se versificaba por moda y protección, la estremada sencillez de los romances pareció una falta y se dedicaron á refinar el arte, introduciendo en él el talento, la alegoría, el estilo difícil y el agudo carácter español. Sin embargo, la preponderancia de la poesía popular estaba asegurada hasta tal punto, que se sostuvo á despecho de la pedantería é imitación de las composiciones italianas; en efecto, los últimos romances que celebraron las aventuras de los Zegries y de los Abencerrajes, ó la conquista de Granada, son de los mejores, están llenos de ardiente poesía y teniendo mucho del estilo árabe.

Enrique, marqués de Villena, nacido de sangre real (1434), queriendo resucitar el gusto antiguo, instituyó una academia á imitación de las de la *gaya ciencia*, en Tolosa y en otras partes. «No le bastó á don Enrique de Villena su saber para no morirse, dice el bachiller Fernán Gómez de Ciudad Real, ni tampoco le bastó ser tío del rey para no ser llamado por encantador. Ha venido al Rey el tanto de su muerte; e la conclusión que vos puedo dar que azaz don Enrique era sabio de lo que á los otros cumplía, e nada supo en lo que le cumplía á él. Dos carretas son cargadas de los libros que dejó, que al rey le han traído: é porque diz que son mágicos y de artes no cumplideras de leer, el rey mandó que á la posada de fray Lope de Barrientos fuesen llevados: é fray Lope que más se cura de andar del príncipe, que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar más de cien libros que no los vió el mas que el rey de Marruecos, ni mas los entiende que el Dean de Cidá Rodrigo; ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos haciendo á otros insipientes e magos, e peor es que se fazan beatos haciendo á otros nigromantes. Tan solo este denuesto no había gustado del hado este bueno e magnífico señor. Muchos otros libros de valia quedaron á fray Lope que no serán quemados ni tornados si vra. Mrd. me manda una epístola para mostrar al rey, para que yo pida á su señoría algunos libros de los de don Enrique para vos, sacaremos de pecado la ánima de fray Lope é la ánima de don Enrique habrá gloria que no sea su heredero aquel que le ha metido en fama de brujo y nigromante. Nuestro Señor,» etc.

Don Íñigo Lopez de Mendoza, honrado por su virtud, su valor y su saber (1398-1458), daba tregua á sus proezas guerreras para componer cantos en los que los contemporáneos alababan una erudición que nos parece pedantería; el marquesado de Santillana fué creado para él. En el *Doctrinal de los Favoritos*, saca consecuencias morales de la muerte de don Alvaro de Luna. Además de ligeros versos y romances, hizo el *Centiloquio* para la educación del príncipe real de Castilla; es una colección de cien máximas morales y políticas, de ocho ver-

sos cada una, seguidas de proverbios é historietas para contar en las veladas. Su epístola á don Pedro de Portugal, sobre el origen de la poesía y los antiguos poetas, tiene más celebridad. Según él, la poesía ó *gaya ciencia* es el arte de presentar útiles verdades bajo una agradable cubierta, ordenarlas, distinguirlas, revestirlas con ficciones, con un mero peso y medida. Era, pues, muy natural que en su enumeración de los poetas, olvidase, como lo ha hecho, lo que era la verdadera poesía de los españoles, el romance.

Juan de Mena (1412-56), de Córdoba, su protegido y sucesor, viajó por Roma, y fué admirador de la poesía italiana, de la que no conocía más que á Dante, pero se limitó á imitarle en su gusto con respecto á la alegoría, escribiendo el *Laberinto*, poema moral en trescientas estrofas, muy alabado entonces. Se propone trazar en él el cuadro emblemático de la vida humana, ensalzando todas las virtudes, deprimiendo los vicios, y mostrando la irresistible fuerza del destino. Después de haber invocado á Caliope y á Apolo, y maldecido la fortuna, se estravía en el ideal laberinto de esta vida; pero aparece una dama de exquisita hermosura para servirle de guía: ahora bien, esta dama es la Providencia. Poniéndose en marcha bajo su conducta, ve á dos grandes ruedas inmóviles, y otra tercera en movimiento perpétuo; tienen escrito *pasado, presente y porvenir*. En la primera se ve á los hombres antiguos y sus hechos; la última está cubierta de nubes; la de lo presente da vueltas sin cesar, y con ella los hombres, llevando cada uno escrito en su frente su nombre y su destino. Cada rueda se compone de siete círculos dispuestos según los siete planetas, cuya influencia obra sobre la suerte de los hombres. De aquí toma ocasión el autor para alabar con estension á sus contemporáneos y ostentar conocimientos, el patriotismo que le anima cuando habla de los grandes hombres de su país, y algunas hermosas digresiones, son las únicas cosas que dan tregua al fastidio que produce este poema. El laberinto ofrece hermosas partes, pero en medio de una perpetua exageración, que por lo demás parecía entonces un mérito, hasta tal punto, que Juan II era un apasionado admirador de ella; hasta quiso que Juan de Mena añadiese sesenta y cinco estrofas á su poema con el objeto de que fuesen iguales en número á los días del año, lo cual fué un nuevo mérito. En cambio el poeta le prodigó el incienso del elogio; le llama «el poderoso don Juan, el amado de Júpiter, que le destinó la tierra, así como el cielo obedece á su suprema ley; gran rey de España, nuevo César favorecido por la fortuna, á quien pertenecen la virtud y el imperio.»

Los españoles adelantaron más en las poesías sencillas, expresión de sentimientos fugitivos y reales, cantos de devoción y de amor, aunque á veces artificiales y violentos; y en su consecuencia se ejercitaron más en este género. Juan de la Encina se distinguió en primer lugar en las *letrillas*, los